

derrame cerebral. La muerte fue instantánea, y no hubo tiempo para echar la última mirada atrás, para padecer el último vértigo del transitorio.

Desde entonces, hace ahora dieciséis meses, la casa sigue igual. La viuda se queda a veces pensativa, como si se le hubiera olvidado algo que su marido acabara de mandar. El despacho, los libros, todo espera a Max Aub.

Aunque Luis Buñuel no se atreva a ir a Euclides, 5, sabiendo, como sabe, que nuestro Aub está definitivamente transterrado. Y que es un hijo de Max quien, allá en Madrid, pone en orden el libro que le consagró su amigo. ■ J. M.

«La música en cifras»: un análisis de control

La gran publicidad que se ha dado en todos los medios de información a las nuevas medidas que, parece, van a adoptar nuestros más altos organismos culturales, en orden a la realización de una política de difusión a gran escala de la música (sinfónica, se entiende; la otra sabe difundirse ella sola), y la ola de optimismo levantada por el anuncio de tales medidas, dotan de especial actualidad al libro —por otra parte reciente— titulado «La música en cifras» (1), del cual es autor el conocido músico, musicólogo y crítico Manuel Valls.

En esta obra se describe, punto por punto, la infraestructura sobre la que, es de suponer, se tendría que cimentar toda política que tratase de afrontar coherentemente la música en cuanto fenómeno socio-cultural; convendría, por tanto, imponer su lectura como obligatoria en todos los sectores implicados en ese fenómeno, pues no estaría mal que el optimismo cediera el paso a una actitud más ponderada, como tampoco lo estaría que se reco-

nocieran en el texto los directamente responsables de la pobre situación de la música en España: que, si hacemos caso a Valls, son «todos». No hay quien salga indemne del general repaso. El diagnóstico es, además de negativo, universal.

La obra es lo que técnicamente se denomina un «análisis de control», y se articula, en principio, en dos partes: una, titulada «La política musical del país», se dedica al examen de los organismos e instituciones que se encargan de la música: la Comisaría General, la Radio, los Conservatorios... sin que falten las alusiones a los sistemas de premios y encargos, al centralismo y burocratismo en la organización y financiación de Orquestas y Festivales, y al obligado tema del teatro de la ópera de Madrid, enfocado de manera realista, a partir de un artículo que se publicó en estas páginas. La segunda parte, denominada «La música y el elemento humano», examina con detenimiento la totalidad de los grupos que se insertan en el proceso de difusión musical: públicos, compositores, intérpretes, crítica... para acabar con una serie de testimonios tendentes a demostrar cómo, en esto de la música también, casi todo lo importante «está fuera».

Se advierte en el libro un intento de sistematizar la denuncia, para lo que se le ha provisto de una estructura rigurosa: la cual, muchas veces, se queda en puramente nominal. El autor está muy metido en el ambiente, lo conoce demasiado bien y, pese a sus intenciones de afrontar los temas uno por uno, no puede evitar que las conexiones que advierte entre ellos pueblen el texto de recurrencias, anticipaciones y remisiones que vienen a deteriorar la estructuración inicialmente propuesta. Circunstancia que, aunque tal vez contraría a los amantes del orden, no es nada la-

mentable, pues el libro, gracias a ella, pierde una gran dosis de sociologismo y se convierte en un alegato personal. Por añadidura, el reparto se enriquece con un abigarrado elenco de nuevos personajes, entre los que no podían faltar los artifices de nuestros «triumfos» festivaleros.

Por todo ello, creo que el título del libro puede llamar a engaño, dado que se fija en un aspecto parcial, limitado: las cifras. Y al autor no le interesa tanto constatarlas como reflejar las situaciones que hay detrás de ellas, y que poco tienen que ver con las explicaciones «oficiales». Manuel Valls se sirve para este fin de la propia literatura oficial y paraoficial, que inserta en su propio discurso, para entablar así con ella un diálogo sumamente sarcástico del que sale muy malparada.

«Y esto —parece decirnos el autor— no es todo». De la lectura de «La música en cifras» se saca la impresión de que, por unas u otras razones, deben quedar ocultas muchas más cosas, muchos más episodios de esa tragicomedia que es, para Manuel Valls, la realidad musical española. Declara Valls (pág. 46) que su libro no es un manual de ética. Puede que no lo sea, pero podría compararse, dados los efectos que debería producir... si no fuera porque aquí hay gran maestría en las artes de curarse en salud y no darse por aludido.

Un libro de las características de «La música en cifras» significaría, en otros lugares, un importante revulsivo. Aquí se queda en una «obrita meritosa» escrita por un «autor enterado». Nada más. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Fragmentos desgarrados de nuestra cultura

Tradicionalmente se ha venido hablando del

desdén de los intelectuales españoles hacia el cine, de la escasa consideración que el nuevo medio expresivo merecía a hombres fundamentales de nuestra cultura. Que esto no ha sido exactamente así, o que al menos durante unos determinados años sí se produjo ese interés, lo demuestran tres tomos recientemente aparecidos en las librerías: dos de ellos dedicados a recopilar los escritos cinematográficos de César Arconada (1) y otro en que se recogen textos de diversos autores publicados en la sección de cine de «La Gaceta Literaria» entre 1927 y 1930 (2). Se unen, pues, estos libros al creciente deseo de rescatar unos fragmentos de la cultura española desgarrados por la guerra civil, y que —en su vertiente ensayística— comienzan ahora a recuperarse con la reedición de escritos pertenecientes a los últimos años de la Dictadura y a todo el pe-

(1) Tres cómicos del cine y Vida de Greta Garbo, y otros escritos, de César María de Arconada. Selección de «Marta Hernández». Dos tomos. Castellet, Editor. Colección Básica Núm. 15. Madrid, 1974.

(2) En pos del cinema. Selección de textos aparecidos en «La Gaceta Literaria», a cargo de Carlos y David Pérez Merinero. Editorial Anagrama. Colección de Cuadernos número 74. Barcelona, 1974.

ríodo republicano. Es el reencuentro con unas raíces que largos años de silencio habían sepultado, con gravísimas repercusiones para nuestra identidad cultural. Concretamente en el terreno cinematográfico, la ausencia de una tradición crítica reconocible —aunque quizá no inexistente— ha significado siempre uno de los mayores obstáculos con que nos enfrentábamos quienes hemos abordado esta profesión, obligados una y otra vez a partir prácticamente de cero, desbrozando caminos ya recorridos, pero ocultos de nuevo por las malezas de posguerra. Leer hoy textos ocultos de hace cuarenta o cincuenta años nos proporciona, de alguna forma, el hallazgo de resonancias muy íntimas que permanecían ignoradas en nuestro desván colectivo.

De aquí nace el mayor interés de «En pos del cinema», el libro antológico sobre «La Gaceta Literaria», que antes citábamos y donde se reproducen artículos de una veintena de autores, desde Alvarez del Vayo a Palacio Valdés, pasando por Pío Baroja, Rosa Chacel o Ledesma Ramos, junto a los cuales aparecen hombres de mayor dedicación cinematográfica, como Buñuel, Piqueras y Arconada. Des-

de unos criterios de teoría fílmica, ninguno de los textos posee individualmente un valor decisivo —como de costumbre, destaca Juan Piqueras con su «Sentido social de «La aldea maldita»—, quizá por estar redactados buena parte de ellos como simples presentaciones para el «Cine Club Español» que «La Gaceta Literaria» patrocinaba. Pero sí son el claro exponente de una generación para la que —influenciada también por el surrealismo— el cine era todavía algo mítico, semimágico («El cine nos ofrece un lenguaje todo hecho, constante, fastuosamente limitado. Este lenguaje será el primer milagro; su manera de usarlo, el segundo. El milagro del cine no debe nada al milagro preparado escenográficamente; el milagro del cine consiste únicamente en el milagroso empleo de su milagrosa manera de expresión», escribiría Salvador Dalí), lo que no era privativo de nuestros intelectuales, pues ya vimos algo similar al reseñar los textos de Antonin Artaud. Quizá la razón última de tal «encantamiento» se halle en la, por primera vez, coincidencia vital de unos hombres y un arte al que «se ha visto nacer», como apunta Guillermo de Torre en otro de los textos seleccionados:

